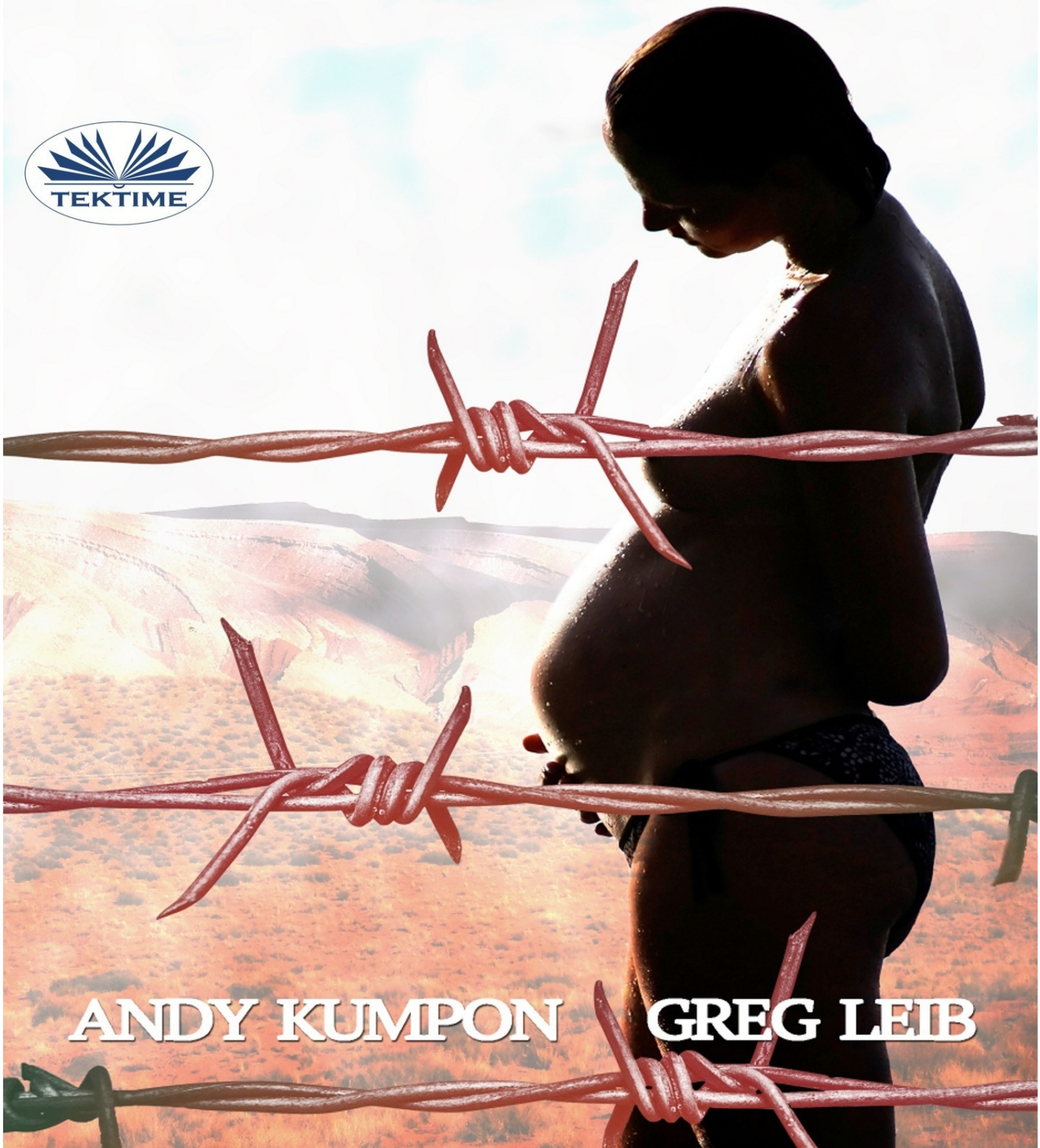
EL DÍA DEL CRUCE

CUANDO LA EMPATÍA ES TU ÚNICO SALVADOR...



TEKTIME

ANDY KUMPON GREG LEIB

Andrew Kumpon

El Día Del Cruce

«Tektime S.r.l.s.»

Kumpon A.

El Día Del Cruce / A. Kumpon — «Tektime S.r.l.s.»,

ISBN 978-8-83-540215-2

Cuando tres inmigrantes, una de las cuales es una mujer en avanzado estado de embarazo, cruzan ilegalmente la frontera y se encuentran con un par de milicianos armados, esto termina en un acto de violencia abominable y en una muestra de compasión empática. ”El día del cruce” destacará a una familia campesina migrante y pobre de México que busca escapar de la violencia despiadada de los cárteles de la droga. Con un bebé en camino, la pareja espera comenzar una nueva vida en Estados Unidos, libre del miedo y la venganza de los señores del crimen locales. Una historia paralela se centrará en un veterano afgano recientemente dado de alta que sufre de trastorno de estrés postraumático (TEPT) y su viaje hacia la normalidad para su esposa y su hija pequeña. Después de ser rechazado por su carrera como guardia de la patrulla fronteriza, es persuadido a unirse al grupo de milicianos locales encabezado por un oficial de policía retirado del LAPD con un pasado cuestionable. Cuando estos mundos opuestos chocan en una ladera caliente y desértica con vistas a la frontera entre México y Arizona, se produce una tragedia, seguida de un despliegue empático de humanidad y misericordia.

ISBN 978-8-83-540215-2

© Kumpon A.
© Tektime S.r.l.s.

Содержание

El DÍA DEL CRUCE 6
Конец ознакомительного фрагмента. 13

Gregory Leib, Andy Kumpon
El Día del Cruce

EL DÍA DEL CRUCE

ANDY KUMPON

GREG LEIB

Traducción

Arturo Juan Rodríguez Sevilla

LIBROS DE KILLERBEAM ENTERTAINMENT

Semillas de los muertos

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducir este libro o partes del mismo en cualquier forma sin permiso previo por escrito, excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.
Copyright © 2020 KillerBeam Entertainment

Para solicitudes de permiso, escriba al editor a la siguiente dirección:' Attention:
KillerBeam Entertainment
info@killerbeamentertainment.com
http://www.killerbeamfilms.com
Ilustración de la portada por KillerBeam Entertainment © 2019
Editado por Bill Armstrong.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, compañías, eventos o locales es totalmente coincidente.

Agradecimientos especiales a
Bill Armstrong
Gary Malick
Phyllis Thacker

El DÍA DEL CRUCE

Cuando la empatía es tu único salvador…

Incluso en las primeras horas de la mañana, el sol calentaba la tierra. Solo haría más calor en el horizonte mexicano. La suciedad bajo sus rayos había sido perturbada solo unas horas antes, cuando las excavadoras todavía tenían la frescura de la noche en el viento. Las tumbas estaban adornadas con cruces hechas de madera de desecho y flores silvestres, y habían sido cuidadosamente colocadas alrededor del lugar del entierro. Cerca de la copa de las ramas de los árboles, un puñado de cigarras tarareaban como una pequeña orquesta acompañada por el olor a muerte que aún perduraba en el aire.

Miguel Hernández no quería seguir mirando las tumbas. Había pasado menos de una semana desde la última vez que los cárteles los asaltaron, pero parecía que solo faltaban unas horas. Se paró a un lado, tragándose el nudo de su garganta mientras dejaba que unas cuantas lágrimas al azar se deslizaran por sus mejillas bañadas por el sol. Su esposa, Rosa, le apretó el codo antes de ir a colocar un manojo de caléndulas en la tumba más cercana. Miguel soportó peso de ella con facilidad mientras ella luchaba por agarrarse; su vientre de nueve meses de embarazo lo hacía difícil.

Rosa agarró suavemente el colgante de la Virgen María que colgaba de su cuello y lo sacó de su cuerpo. Ella inclinó la cabeza hacia abajo y susurró una oración en su lengua materna: *"Que María, los ángeles y todos los santos vengan a recibirte cuando salgas de esta vida".* Sus palabras iban a la deriva con la ligera brisa. *"¿Por qué nos ha seguido esto hasta aquí?"* Rosa preguntó a su marido.

Miguel no tuvo respuesta, mientras miraba al resto del pecuaria Consistía en una pequeña manada de cabras y cerdos que vagaban por el pueblo tan desplazados como los humanos. También habían sido sacrificados indiscriminadamente, mientras los cuervos y las urracas picoteaban los cadáveres infestados de balas en el paisaje. Miguel agitó la cabeza ante el horrible espectáculo. Fue casi exactamente como lo habían experimentado tres años antes en el atribulado estado de Michoacán. Allí habían sido testigos de la muerte de amigos y familiares a causa de la violencia de los cárteles mientras trabajaban en los vastos huertos de aguacates de la región. Era su hogar.... pero ahora la destrucción los siguió hasta aquí, cerca de la base de la Sierra Madre Occidental en el estado de Sinaloa.

—*"Estaríamos más seguros en los campos de trabajo",* dijo Miguel. Y habían hecho todo lo posible para evitar esos campos de trabajo infestados de ratas, optando en su lugar por las comunidades agrícolas más pequeñas, aparentemente pacíficas y alejadas, para sostener y sanar.

Detrás de ellos, a pocos pasos, Carlos Zapata trató de olvidar lo mucho que sabía de este tipo de muerte. Brutalidad. Crueldad. Se sacudió la cabeza y se acercó a ellos, ocupando un lugar junto a Miguel.

–*"¿A cuántos mataron?"*

–*"Seis",* contestó Miguel, mientras miraba temerosamente las tumbas. *"Solo vinieron a matar.... para dejarnos con miedo."*

Rosa, todavía agarrando su colgante sagrado, lo colocó suavemente sobre su pecho y lo apretó ligeramente contra su latiente, pero roto corazón. Un silencio sepulcral resonó repentinamente a su alrededor cuando incluso los pájaros y las cigarras silenciaron momentáneamente su cantos. Carlos no se sentía cómodo con ese silencio.

–*"Sí, eso es lo que hacen. Y lo hacen bien. Únete a ellos o muere. Lo siento mucho, amiga mía".* dijo Carlos.

Por otro momento, trataron de no aceptar la realidad, pero la verdad es que ambos sabían que a algunos metros de distancia, los granjeros estaban amontonados como sardinas en una camioneta oxidada.

–*"Todos se van, aunque algunos quieren quedarse",* murmuró Miguel mientras señalaba a un anciano —su rostro cansado, arrugado y sin emoción—. No le quedaba nada que hacer a este hombre, mientras veía a la gente de su aldea dar la espalda a sus tierras, a sus granjas, a sus hogares. Carlos no necesitaba preguntar cómo podría terminar el hombre. "*El viejo tonto ya no tiene vida que vivir. No ve razón para huir…"* dijo Miguel.

–*¿"Relacionado?"* preguntó Carlos.

Miguel agitó la cabeza. "*No hay familia para ninguno de los dos aquí. Pero nos han acogido y aceptado como familia en el poco tiempo que llevamos aquí. Por eso es tan difícil",* se ahogó con sus palabras y acercó a Rosa.

—*"Ningún lugar es seguro para nosotros aquí."* Miguel se esforzó por hablar con frases sencillas. *"Solo quiero que mi esposa y mi bebé no se vean amenazados nunca más."*

Carlos miró fijamente a los otros granjeros que quedaban mientras se alineaban para el exilio. "Despídete. El tío Rodrigo está esperando." Miguel asintió con la cabeza, pero permaneció quieto en su dolor durante un minuto más. "No queremos estar cerca de este lugar cuando regresen." El corte de advertencia de Carlos como una daga.

Miguel y Rosa finalmente se mudaron a la aldea y se despidieron con su familia elegida. Los besaron y abrazaron a todos mientras trataban de retratar sus emociones y aprecio por todo lo que les habían dado: Amor, gratitud y comunidad.

Rodrigo Zapata sopló un remolino de humo de su boca mientras miraba el campo. Era muy similar a la región en la que había nacido y crecido. Respiró su cigarro y recordó. Esta era tierra que había trabajado durante años a pesar de los cárteles y las amenazas. A pesar de toda la muerte, esta era su casa y seguiría siéndolo. La belleza aún irradiaba dentro de sus límites naturales, más allá de los granjeros que huían y los entierros improvisados dentro de su humeante punto de vista.

Rodrigo miró por encima de su hombro cuando escuchó a la gente que se acercaba por detrás. Rápidamente apagó el cigarro y sonrió a Miguel, abriéndole los brazos de par en par mientras saltaba de la parte trasera de su camioneta.

–"¡Miguel!"– Tiró del hombre mucho más joven hacia él, abrazándolo y acariciándole la espalda con ternura. "¿Cuántos años han pasado?"

Miguel reflexionó pensativamente. "¿Al menos cinco o seis?"

–Sí, al menos...." Desearía que fuera en mejores circunstancias".

Rodrigo dejó que las palabras se marchitaran, dirigiendo educadamente su atención a Rosa. "¿Y esta encantadora dama debe ser Rosa Marie?" Se agachó y la besó en la mano.

–"*Gracias, señor. Es un gran placer conocerte. Estamos muy agradecidos*", contestó Rosa mientras colocaba su mano sobre su vientre redondo. Rodrigo notó el movimiento y luego ladeó la cabeza.

–"*¿Puedo, señora*?"

Rosa asintió. Rodrigo extendió su mano y la colocó en su estómago justo cuando el bebé pateaba y se movía dentro de sus madre.

"Este bebé es muy activo. ¿Un chico?"

Rosa sonrió, "Miguel quiere un hijo. Sólo quiero que sea un bebé feliz y saludable.

Miguel intervino. "Sí, y un bebé nacido lejos de aquí."

Rodrigo se volvió lentamente hacia Carlos, con la preocupación grabada en su rostro. Le hizo señas a Carlos para que pudieran hablar a solas.

–"*Discúlpenos. Necesito hablar rápidamente con mi sobrino*", explicó mientras Carlos y él se movían hacia el lado opuesto del camión. Miguel y Rosa no se opusieron mientras Rodrigo

comprobaba que estaban lo suficientemente lejos de ambos mientras bajaba la voz. "*Me preocupo por esto, Carlos. Caminar bajo el sol puede ser muy malo tanto para Rosa como para los no nacidos*".

Carlos se encogió de hombros. "*Puedo llevarlos a donde necesitamos ir más rápido durante el día. He hecho esta ruta muchas veces antes.*"

Rodrigo entrecerró los ojos. "De acuerdo. Vale. *Pero no tendrás la cobertura de la oscuridad de tu lado*".

–"*La noche es cuando la patrulla fronteriza y el tráfico son más intensos, especialmente en este lugar. Y tendríamos que movernos a un ritmo aún más lento porque la visibilidad y el equilibrio serán más pobres y más traicioneros para Rosa. Por no mencionar que las serpientes de cascabel y los escorpiones son más activos de noche*", aseveró Carlos con firmeza.

Rodrigo se detuvo y reflexionó sobre las palabras de su sobrino durante un largo momento. Sacó otro cigarro mexicano y lo estudió intensamente mientras permanecía en un profundo pensamiento. Finalmente asintió con la cabeza y agarró el hombro de su sobrino con un apretón firme pero tranquilizador. Caminaron alrededor del camión y se reunieron con la pareja. "Nos vamos ahora. Es un viaje de dos días. Pero estamos bien preparados".

–"*Rodrigo. Sólo queremos agradecerte de nuevo. Arriesgas mucho*", dijo Miguel.

Rodrigo interrumpió amablemente y agitó la mano de manera amistosa. "*No, no, no, no. Te ayudaré en todo lo que pueda, por supuesto, pero simplemente te llevaré al lugar. Carlos es el que te lleva a la libertad y a la prosperidad*", dijo con cierto cariño a su sobrino. "*Estoy tan agradecido de que finalmente hayas dejado atrás a los cárteles*", murmuró y señaló a las tumbas al otro lado del patio de tierra.

–"*Lo sé, tío. Y nunca me dejarás olvidar*", dijo Carlos.

–"*Eso es lo que me preocupa. Los cárteles tampoco lo han olvidado"*, gruñó Rodrigo.

–"*Mirando por encima de mi hombro, un pequeño precio que estoy dispuesto a pagar*."

Rodrigo se quedó callado durante un largo momento. "¿No tienes que pagar si te unes a Miguel y Rosa en América?" sugirió él.

Carlos, conmocionado por las palabras de su tío, pensó profundamente, aunque solo fuera por un segundo o dos. *"¿Me extrañarás*?"

–"*Por supuesto. Pero quiero que mi sobrino lleve su propia vida próspera. Aquí no tienes nada más que corrupción y ruina. En Estados Unidos, tienes una oportunidad para algo más*", dijo Rodrigo.

Carlos miró a la pareja que estaba a su lado y volvió a mirar a Rodrigo. Esta no fue una sugerencia él pudiera considerar por mucho tiempo. "Entonces me quedaré con Rosa y Miguel", dijo Carlos. Rodrigo sonrió de oreja a oreja.

Miguel y Rosa sonrieron, agradecidos de que Carlos no solo les ayudaría a lograr una vida mejor, sino que también se ayudaría a sí mismo.

****

El parque de caravanas había visto mejores días. El terreno que rodeaba las casas móviles contenía una variedad de escombros y vehículos inútiles y oxidados. Los gatos callejeros se perseguían de un remolque a otro. Sus gritos y arañazos fueron ahogados por las risas de algunos niños hispanos que jugaban cerca sin ninguna preocupación en el mundo. Era un patio de recreo para la clase baja.

Dentro de uno de las más agradables mobil-homes, Miesha Cerrone trabajó en el mostrador de la cocina haciendo sándwiches. La hija de la joven, Tabitha, se sentó pacientemente en la pequeña mesa plegable cerca de un desorden de electrodomésticos viejos mientras esperaba su propio sándwich de mantequilla de maní y jalea.

La casa en sí misma se mantenía ordenada, a diferencia de los lotes y calles llenas de basura que había afuera. En la sala de estar, en una vieja pantalla plana de Sony, un presentador de opinión

política entabló un acalorado debate con uno de sus invitados mientras se hablaba de la frontera entre México y Estados Unidos.

Miesha terminó de preparar los platos y miró a Tabitha. "Recuerda, cuando papi nos dé la buena noticia de su nuevo trabajo, ¿qué haremos?

–"Animar Papi," contestó Tabitha mientras tomaba el sándwich de su madre.

–"Hasta que pueda comprar más cereales, tendrás tu favorito.

–“Mantequilla de cacahuete y jalea”, exclamó Tabitha demasiado emocionada.

–“Papá probablemente querrá comer fuera esta noche para celebrarlo. Así que eso va a tener que aguantar hasta la hora de la cena”, dijo Miesha mientras frotaba un pedazo de mantequilla de maní en la nariz de su hija. Tabitha gritó de alegría.

Afuera, Eric Cerrone estacionó su viejo Toyota Tacoma junto a la casa rodante. El joven abrió la puerta del conductor. El ex soldado aún tenía el clásico corte de pelo militar y un perfil bien afeitado. Se ajustó su chaqueta de traje gris y se dirigió al remolque.

Distraído en sus propios pensamientos, casi se tropieza con un camión de bomberos de juguete. Consiguió caer hacia delante y recuperar el equilibrio, pero no sin antes agravar una vieja lesión que había adquirido en el fragor de la guerra. Gruñó y se frotó la rodilla, más agitación que dolor, mientras los niños vecinos miraban tímidamente y se reían entre los dientes.

Eric se volvió, sus ojos se entrecerraron con desdén. Pateó el camión de bomberos a través del espacio abierto del estacionamiento y señaló con el dedo como lo haría un duelista con su espada antes de la pelea.

"– ¡Mantén tu mierda en tu lado de la propiedad!" Gritó mientras se iba. Los niños intercambiaron miradas de confusión y aprensión cuando su vecino enojado entró a su casa.

Miesha se giró cuando se abrió la puerta principal del remolque. Ella le sonrió a Eric, pero él le devolvió su gentil saludo con una sonrisa amarga. Tabitha, con la boca llena de mantequilla de maní, miró a su padre y sonrió. "¡Papá! ¡Sí!"

Miesha se puso un dedo en los labios y silenció a Tabitha mientras Eric se aflojaba la corbata. Ella respiró hondo y esperó las malas noticias mientras él tiraba la corbata agresivamente al suelo.

"-¿Qué pasa?" preguntó Miesha.

Eric ignoró la pregunta, quitándose la chaqueta mientras se dirigía al refrigerador. Cerveza en mano, se tiró al sofá y gruñó. Miesha cogió el mando a distancia del mostrador de la cocina y pidió una respuesta.

En la pantalla, el programa de opinión se mantuvo jugando mientras un invitado aclaraba su garganta para protestar. "Estos inmigrantes no son el enemigo. Son personas buenas y decentes que tratan de encontrar una vida mejor.

–"Apaga esta mierda", siseó Eric.

Miesha hizo clic en el botón de encendido del mando a distancia. Ella lo vio tragar su cerveza mientras sus labios se retorcieron y fruncieron, casi como si ella estuviera tratando de pronunciar las palabras para él.

–"Me perdí el polígrafo", ladró Eric finalmente.

Miesha se encogió de hombros. "¿Qué significa eso?"

–"Significa que Aduanas y Frontera no me contratarán.

Miesha frunció el ceño, confundido. "¿Cómo fracasaste?"

Eric agitó la cabeza y miró su botella de cerveza. Quitó la etiqueta. "Me trataron como a un criminal, no como a un veterano.

–"¿Qué preguntas te hicieron?

–"Estúpida mierda, cosas que no querías decir.

Miesha lo miró con ojos críticos. "¿Es tu trastorno de estrés postraumático?" No obtuvo respuesta. No verbalmente, al menos. Ella lo conocía lo suficiente como para que la expresión de su cara le diera a ella todo lo que necesitaba saber. "Pensé que habías dicho que lo tendrían en cuenta".

"– No quiero hablar de eso ahora, Miesha. Me interrogaron toda la mañana. No lo necesito de ti", dijo Eric.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Tabita, mientras lloraba y lloraba. Eric no le ofreció ningún consuelo mientras bebía el resto de su cerveza. Antes de que se pudiera decir o hacer algo más, alguien llamó a la puerta.

Miesha suspiró. "Jesús.... ¿y ahora qué?" Murmuró mientras se acercaba a la ventana y miraba a través de las persianas. Un hombre mayor se paró en la puerta, esperando pacientemente. Su bigote de manillar se estaba volviendo un poco largo y salvaje. Una de sus grandes y robustas manos descansaba justo encima del arma que tenía en su cinturón. "Es Thomas. ¿Quieres que lo ahuyente?"

Eric pensó por un momento antes de mover la cabeza. "Solo déjalo entrar…"

El labio de Miesha se rizó en aprensión, pero ella decidió que era mejor no discutir el punto. Ella abrió la puerta e invitó a Thomas dentro. "Hey…"

Thomas Rockhold entró con la punta de su sombrero de vaquero. "Miesha. ¿Cuál es la buena noticia?", preguntó antes de ver la cara triste de Eric.

"-No consiguió el trabajo de patrulla fronteriza", dijo ella desanimada.

Thomas se quitó el sombrero y miró a Eric. "Bueno, ¿qué demonios pasó?"

–"Eric falló el polígrafo," interrumpió ella antes de que Eric pudiera decir una palabra.

"– Bueno, joder. Es esa mierda burocrática de erradicar el soborno y otros tipos de corrupción. Y al final termina jodiendo a nuestros propios." Agitó la cabeza con asco.

Eric finalmente miró a Thomas con expresión recta. "Si quieres una cerveza, tómate una".

"– Demasiado pronto para mí. Además, tengo trabajo que hacer. Patrulla fronteriza." Thomas golpeó su funda. Miró a Tabitha, mordisqueando silenciosamente de ella un sándwich a medio comer.

"– ¿Qué vamos a hacer, Eric? – preguntó Miesha. "Estabas tan seguro de que ibas a conseguir ese trabajo. Habría cambiado todo…"

Eric la interrumpió en medio de la frase."– ¡Dije que no quiero hablar de ello! Déjame pensar un poco, ¿de acuerdo?"

"Yo también tengo derecho a hablar", murmuró Miesha mientras levantaba a Tabitha en sus brazos antes de salir corriendo de la sala de estar.

Eric agitó la cabeza y miró a Tomás derrotado. "¿Seguro que no quieres una cerveza?"

Thomas lo estudió durante un largo segundo. "¿Por qué no vienes conmigo? Despeja un poco tu cabeza." Eric no movió ni un músculo. "Dale a Miesha algo de espacio, también."

"– No quiero unirme a tu grupo de milicia," dijo Eric.

–"No estoy diciendo que tengas que unirte a algo. Solo ven conmigo."

Eric consideró la oferta mientras miraba su botella de cerveza vacía. "Sí, tal vez tengas razón. No tengo nada mejor que hacer en este momento", dejó caer la botella al suelo sin pensar. "Déjame quitarme este traje de mono".

Thomas lo observó discretamente mientras caminaba hacia el dormitorio. "Estaré esperando en las el camión."

Al salir de la casa móvil, Thomas se detuvo frente a un grupo de fotos de familiares y amigos en una vieja vitrina. Eligió una en particular: Eric, con su uniforme azul, de pie, derecho y orgulloso. Lo miró, estudiando cuidadosamente la expresión del joven antes de volver a ponerla en el estante y salir del remolque.

Dentro del dormitorio, Eric entró y encontró a Miesha acurrucada en la cama con Tabitha en sus brazos. Se quitó el vestido, la camisa y la tiró al suelo. Agarró una la camiseta y rápidamente cambió de pantalones de vestir a un par de robustos blue jeans.

Mientras se paraba frente al espejo del dormitorio, miró más allá de su propio reflejo y vio la expresión de desesperación y desilusión de Miesha. Tabitha, infantilmente inocente, parecía confundida. Le arrebató sus gorra de Semper-Fi adornada con cráneo y evitó la mirada de su familia mientras caminaba hacia la puerta del dormitorio. De repente se detuvo en su lugar. "Lamento

haberlos decepcionado a ambos", susurró, mientras se ponía el sombrero en la cabeza y salía del dormitorio, con la cabeza inclinada por la vergüenza.

Eric cruzó al desordenado baño y buscó en el botiquín un frasco de píldoras. Se tragó una tableta y luego buscó otra botella: una para la ansiedad y otra para el dolor. Cerró el gabinete para encontrar a Miesha de pie en el reflejo detrás de él. Los ojos de ella se mezclaban con la preocupación y la agravación.

–"No deberías tomarlas cuando bebes", dijo ella.

Sin decir una palabra, Eric metió la botellas en su bolsillo y pasó al lado de ella.

Thomas esperó en su Suburban tintado, a los ritmos suaves de la música country. Mientras el cantante promocionaba su propio amor por Estados Unidos, Thomas buscó entre sus contactos telefónicos, ocupándose de algunos negocios rápidos antes de salir a la carretera. Su grupo de milicianos, los Patriotas de la Patrulla Fronteriza, lo mantuvieron ocupado. Al poco tiempo de su llegada al condado de Pima, Arizona, unos cinco años antes, su grupo había crecido hasta tener más de trescientos miembros fuertes: estadounidenses de ideas afines que albergaban los mismos resentimientos y temores de los blancos.

Mientras levantaba la celda hasta su oído e hizo la llamada, su fría mirada se fijó en los niños mexicanos que jugaban alrededor del parque de caravanas. Pellizcó un trozo de masticable con su mano libre y se lo metió bajo el labio. Escupió algunos granos sueltos mientras dejaba un mensaje de voz para uno de sus subordinados dentro de la milicia.

–"Hola, Joseph, soy Thomas. Escucha, tenemos nuevos reclutas, y uno es ese negro, James, cualquiera que sea su apellido. En realidad, me gusta el tipo. Odia a los hispanos tanto como yo. En cualquier caso, solo lo quiero a bordo, así que junto con DeVante y Leroy, tenemos un poco de color en las filas y nadie puede gritar a los supremacistas blancos. También estoy trabajando en Eric, el joven veterano. Lo tendré muy pronto. "Thomas levantó la vista cuando Eric salió del remolque. "Perdón por el largo mensaje sin aliento. Hablaremos más tarde."

Eric abrió la puerta y se sentó en el asiento del pasajero. Una mueca se formó instantáneamente en su rostro. "Está bien, está bien. Sé que odias la música country", dijo Thomas mientras apagaba la radio a favor de bajar las ventanas. Su expresión de desdén por los niños que juegan afuera no disminuyó. "Ahí va el vecindario", murmuró en voz baja mientras se alejaba rápidamente de los terrenos del parque de casas rodantes hacia la carretera adyacente.

****

El viaje hasta ahora había transcurrido sin problemas y sin oposición. Aunque el primer día de viaje se prolongó por lo que parecía una eternidad, habían planeado estratégicamente con mucha antelación y se detuvieron a descansar la noche en una espaciosa casa de campo en las afueras de Hermosillo a través de un conocido cercano de Carlos. Desde allí, el destino estaba a solo cinco horas de distancia. Bien descansados y levantados al amanecer, habían avanzado bien en las primeras horas de la mañana y se habían adelantado mucho a lo previsto. Rodrigo conducía mientras Rosa se sentaba a su lado en la cabina delantera del camión. Conocía las rutas a seguir, ya que las había conducido muchas veces antes, transportando mercancías a la frontera para algunos de los mayoristas de productos más grandes.

Carlos y Miguel estaban sentados en la parte trasera de la camioneta. Carlos se entretuvo cortando un palo con un cuchillo de caza de hoja fija. También conocía estas rutas, pero desde una perspectiva muy diferente. Miró a Miguel que había estado observando el paisaje; éste era el lugar más al norte donde Miguel había estado.

Carlos miró una gran cicatriz en el dorso de su mano. La mayoría de sus cicatrices fueron adquiridas por sus pasadas excursiones fronterizas contrabandeando drogas y guiando a los migrantes. Pero le gustó esta en particular, la primera que sufrió a la tierna edad de doce años cuando fue

reclutado por primera vez. Cortado por un alambre de púas, se había infectado, casi haciendo que perdiera su extremidad. Pero fue curado y Carlos continuó por muchos años más, desafiando a las serpientes venenosas, el calor abrasador y el frío mordaz del desierto. Y anhelaba la adrenalina de evitar las patrullas fronterizas y las pandillas rivales.

Carlos miró a la parte posterior de la cabeza de Rodrigo, de color gris, a través de la polvorienta ventana trasera, su propio salvador, durante gran parte de su joven vida. Rodrigo le dio el ultimátum cuando Carlos decidió qué camino debía elegir: dejar los cárteles para siempre y venir a trabajar con él, o quedarse con ellos, y finalmente terminar muerto. Con el tiempo, Carlos escuchó las súplicas de su tío y se unió a él por muchos años después, trabajando en los campos de Sonora y Sinaloa. Pero últimamente, su sórdido pasado había regresado para perseguirlo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.